



Mes del Mar Arturo Fernández Vial. El Almirante del pueblo.

■ **Miguel Ángel Rojas Pizarro.** Psicólogo – Profesor de Historia – Psicopedagogo. Psmiguel.rojas@hotmail.com

A veces, la historia nos deja héroes, nombres que se graban en bronce. Otros, en cambio, se graban en el alma del pueblo. **El almirante Arturo Fernández Vial pertenece a esa segunda categoría.**

Fue marino, sí. Participó en la Guerra del Pacífico, combatió en el Combate Naval de Iquique, sobrevivió al hundimiento de la *Esmeralda* y fue prisionero en Perú. Pero cuando uno escucha su nombre en boca de una hinchada popular, no lo recuerda por sus brillantes medallas y galones, sino por algo mucho más grande: **por haber elegido el camino de la justicia y la empatía cuando tenía todo el poder para reprimir y generar una masacre de sangre, como la ocurrida en la Escuela Santa María de Iquique.**

Corría el año 1903. El puerto de Valparaíso hervía entre grúas, silbatos, frío, cansancio y el grito desesperado de los trabajadores portuarios y ferroviarios. Habían decidido parar todas las faenas. Exigir lo justo. Salarios dignos. Un poco de humanidad en las condiciones laborales más básicas.

El gobierno de la época, muy nervioso, liderado por el presidente Germán Riesco, envió al contraalmirante Fernández Vial a controlar la situación.

Pero **Vial no llegó con**

sable ni bayoneta. Llegó con su mejor arma: el oído.

Escuchó a los obreros. Caminó entre ellos. Preguntó antes de ordenar. Propuso diálogo en lugar de represión. Y promovió un tribunal arbitral que puso fin al conflicto **sin derramar una sola gota de sangre.**

Ese gesto, sencillo pero gigantesco, **le cambió la vida al pueblo y al oficial de marina.** Porque a veces, el verdadero combate no ocurre en la guerra, sino en la conciencia.

Lejos del puerto, en Concepción, un grupo de trabajadores ferroviarios sintió que ese acto de humanidad debía vivir para siempre. Su equipo de fútbol, entonces llamado *International F.C.*, cambió de nombre y se convirtió en el **Club Deportivo Ferrocarrilero Almirante Arturo Fernández Vial.** No por marketing. No por fama. Sino por amor. Por gratitud. Por memoria.

Y así, en cada partido jugado en tierra penquista, en cada camiseta negra y amarilla sudada en la cancha, vive un poco de aquel gesto del almirante que prefirió **ser humano antes que verdugo.**

Ya retirado de la vida militar, Fernández Vial no se fue a descansar ni a escribir memorias. Fundó escuelas nocturnas para obreros, promovió el deporte como herramienta de digni-

dad y salud, impulsó asociaciones precursoras de lo que hoy conocemos como Alcohólicos Anónimos y escribió artículos donde soñaba un país más justo. **Su espada la transformó en tiza. Su rango, en ejemplo.**

Escribo estas líneas con la esperanza de que **algún joven cadete naval**, algún futuro oficial de nuestras FF.AA., las lea y se haga una pregunta incómoda pero hermosa: **¿Y si yo también puedo ser como el almirante Arturo Fernández Vial?** ¿Y si el honor no está en las medallas, sino en la coherencia de mis actos? ¿Y si el deber no es defender órdenes ciegas, sino proteger la dignidad del pueblo y de la república? ¿Y si el verdadero servicio a la patria es estar al lado de quienes sufren, no por encima de ellos?

Pero **hoy las batallas son otras.** Ya no marchamos hacia el desierto ni saltamos al abordaje como Prat. Hoy el enemigo **viste de indiferencia**, se esconde en la desigualdad, en la pobreza, en el narcotráfico, en el abandono de las poblaciones, en el llanto de los niños sin escuela, con hambre y frío, en la rabia de los trabajadores sin derechos. Y por eso, **Chile no necesita soldados que repitan glorias pasadas.** La patria necesita **oficiales con alma de pueblo.**